

Rufino Tamayo vuela con sus raíces
Selección de imágenes y texto
Elisa Ramírez Castañeda
Circo de arte
Reimpresión para Libros del Rincón, 2005
Sandías, 1968, Museo Rufino Tamayo
Foto de Tamayo en Alberca con pelota

Hace algunos años ya, cuando reconstruían el atrio de la Catedral de Oaxaca, Rufino Tamayo pasó cerca del lugar. Vio el escombros y comentó:

—¡Allí deben estar mis canicas!

Contó entonces una de las pocas historias que conocemos de su infancia: era muy buen jugador de canicas; ganaba siempre y en sus bolsillos abultaban y sonaban las canicas de piedras, tiros y agüitas de los perdedores. Un día entró a misa —era monaguillo— y oyó el sermón del cura sobre la avaricia y la riqueza.

—Los bienes de este mundo nos arrastrarán con su peso hasta las profundidades del infierno. El niño sentía que el tesoro en sus bolsillos lo hundía. Se asustó tanto que al salir del templo echó sus canicas al desagüe —apenas una ranura más hundida al centro del empedrado. Y como las calles de Oaxaca son empinadas, las canicas se echaron a rodar hacia el zócalo. Las siguió llorando hasta que las vio perderse en el caño que estaba junto a Catedral. No volvió a acordarse del asunto hasta después de casi cincuenta años.

Foto de Tamayo niño/ Barquillo de fresa 1938

Rufino Tamayo nació hace cien años

Nadie adivinaría el importante lugar que ocuparía en el arte cuando vino al mundo, en el barrio del Carmen Alto, en la ciudad de Oaxaca.

A Tamayo le gustaba hablar poco de su infancia (de por sí hablaba poco); en cambio, disfrutaba cantando, tocando cualquier instrumento de oído y explicando que, de niño, formó parte del coro de la iglesia, por su bella voz. Como monaguillo estuvo muy cerca de fiestas religiosas y procesiones de las calendas acompañadas de monos de trapo gigantes que bailan, velas que parecen adornadas con encaje de cera, grandes canastos de frutas y de flores, estandartes de las cofradías rebordados de oro.

La vida oaxaqueña era tranquila y pueblerina. Tamayo recordaba el gran susto de todos cuando pasó el cometa.

Foto Oaxaca / Niño en azul 1928

Cuando Tamayo tenía ocho años murió su madre. Rufino y una tía muy querida llegaron a vivir a la ciudad de México. Se ganaban la vida vendiendo fruta en un puesto de La Merced. Poco después Tamayo descubrió, además de su gusto por la música, sus habilidades y pasión por el dibujo.

Aunque en sus cuadros nunca se trata de retratar el mundo nació o vivió, el arreglo de los altares y de los mercados tiene algo que ver con la manera de acomodar o de componer sus cuadros. Las tierras, colores y formas de su infancia también están presentes en su pintura.

Los gustos y sabores de Oaxaca se paladean en su mesa y las formas y colores del arte popular adornaron su casa. Eran parte de su vida.

Foto de Tamayo joven con bastón/ Mandolinas y piñas 1930

Tamayo recorría a pie el centro de la ciudad. Allí descubrió, en una sola calle, el Museo Nacional de Arqueología, la Academia de San Carlos y el taller de grabado donde trabajó José Guadalupe Posada, que ilustraba las hojas de noticias que se pegaban a los muros y vendían los chiquillos por las calles. Tamayo las estudiaba con atención antes de hacer con las planas los cucuruchos donde colocaban la fruta.

La ciudad y el país pasaban por momentos muy difíciles: guerra, carencia y enfermedades. Pero a los quince años se inscribió en la sección nocturna de la Academia de San Carlos. Luego fue alumno regular, a partir de 1916, pero no le gustó: se seguía enseñando el arte de finales de siglo (del siglo anterior). Y aunque aprendió dibujo, modelado y cómo preparar telas y colores, se aburrió pronto. Prefería observarlo todo. —¿Sobre todo miro, siempre miro.

Foto joven con guitarra, Alcaraván/ Naturaleza muerta con reloj 1929

En el número 13 de la calle de Moneda tuvo su primer encuentro con el arte prehispánico que tanto amó. Y no solamente fue visitante fiel del sitio. Cuando tenía 22 años lo contrataron como Jefe del Departamento de dibujo etnográfico y entonces conoció este mundo no sólo con los ojos sino con las manos, a través de sus lápices y colores. Se encargaba de dibujar las piezas de las colecciones de arqueología y arte popular. Las formas limpias que pintó entonces, con fondos de un solo color, aparecen más tarde en sus cuadros. Cuando tuvo dinero —mucho después— pudo hacerse coleccionista. Compró muchas piezas (entonces era permitido) que luego donó al Museo de Arte Precolombino Rufino Tamayo de Oaxaca. Más que un interés histórico, siempre le fascinó el arte prehispánico y popular por sus formas y volúmenes, por su color y fantasía. Nunca lo copió exactamente, pero siempre pintó con ese recuerdo tras de él.

Foto con pieza huasteca/Figuras 1970

Cuando terminó la Revolución, el país tuvo que definirse de nuevo: ¿quiénes hemos sido hasta entonces, quienes seríamos a partir de ahora? La cultura y el arte se volcaron hacia lo mexicano y así nace la pintura muralista. Se trataba de celebrar al país y sus luchas, de llevar el arte a los edificios públicos para que el pueblo aprendiera, disfrutara y recordara sus orígenes. El gobierno contrató a los artistas; los pintores llenaron de andamios y de mensajes políticos y sociales miles de metros de paredes. Los murales son hermosísimos y marcan una importante etapa del arte mexicano. Pero los muralistas decidieron que era la única manera de hacer arte y rechazaron todas las demás formas de expresarse.

No había entonces galerías, exposiciones ni coleccionistas. Para vivir, los artistas tenían que dedicarse a otros oficios o pintar murales, o enseñar en las escuelas. Y Tamayo fue maestro, pintó murales. Pero le interesaba pintar lienzos de caballete: telas donde el color, la materia, el tema y la manera de plasmar una visión son asunto personal de cada artista.

Mujeres de Tehuantepec 1939

Tamayo se dio cuenta de que nunca lograría hacer lo que deseaba en México: tenía necesidad de ver y conocer otras corrientes y tendencias artísticas, de pintar en libertad. Era difícil vivir a contracorriente de todos los demás pintores, era muy difícil ganarse la vida, era casi imposible pintar como él quería

Se fue a Nueva York con su amigo, el músico Carlos Chavez. Su primera exposición allá fue en 1926. Tuvo mucho éxito. Los conocedores, los críticos y otros pintores estaban sorprendidos, pues sólo conocían la pintura revolucionaria de México. Y aunque en México se le acusaba de ser un renegado de su patria, en Nueva York se le consideró muy mexicano —sólo que con una visión distinta de su país: allí era revolucionario por su forma de pintar, no por los temas que ponía en las telas

Aunque no vendió ni un cuadro, el aliento de otros pintores lo sostuvo y la relación con otra pintura lo enriqueció.

Foto Manuel Alvarez Bravo/ Homenaje a Juárez 1932

Tras dos años de muchas penurias regresó a México y le ofrecieron hacer un mural en el Conservatorio Nacional de Música. Su condición fue que le permitieran hacer un mural donde celebrara simplemente el canto y la música. Lo comenzó en 1933. Este mural siempre tuvo un significado muy especial para los Tamayo, pues cuando lo pintaba conoció a una jovencita que estudiaba piano en esa escuela: Olga Flores Rivas.

Un año después se casaron en Oaxaca y fue su compañera el resto de su vida: casi sesenta años.

Foto Tamayo y Olga/ Animales 1941

Regresó con Olga a Nueva York y allí vivieron más de diez años. Tamayo dio clases, pintó varios murales, y tuvo muchas exposiciones. Fue maestro de algunos de los más grandes artistas de Estados Unidos. Comenzó el reconocimiento, el éxito, la vida resultó menos dura. Visitaba México sólo durante las vacaciones.

Tamayo era juguetón, aunque tuviera cara seria. Una vez fue con unos amigos y su esposa a un concierto en Bellas Artes. Las personas asistían entonces elegantísimas, encopetadas y perfumadas escuchar música.

Tamayo —que siempre vistió muy elegante— llevaba esa vez una boina. Metió bajo la gorra una rana. Cada vez que sonaban los platillos o los timbales la pobre rana brincaba. Al primer salto, el vecino de asiento llevó un gran susto al ver cómo afectaba la música a Tamayo. Al rato fue tal el escándalo y tan fuertes las risotadas que les pidieron que salieran de la sala

Foto Penn/ Nueva York desde la terraza 1937

En 1948 Tamayo y Olga regresaron a México y tuvo una gran exposición en el Palacio de Bellas Artes y fue entonces cuando por primera vez se le valoró en el país.

Mientras estuvo ausente, los artistas, los críticos y el público seguían atacando a Tamayo.

En 1935 presentó una pequeña muestra en una galería y un periódico comentó: "dichosos los ciegos". Las proporciones, los colores, las formas y la monstruosidad casi cómica de sus figuras desnudas y animales resultaban incomprensibles para gran parte del público.

Tamayo era considerado casi un traidor a México por haber intentado nuevos caminos. Él sostenía que deberían tenerse los pies bien plantados en la propia tierra para mirar el universo sin vértigo. "El arte, para serlo, necesita siempre abrir caminos nuevos". El pleito entre Tamayo y los muralistas fue desgastante y se prolongó hasta que los contrincantes murieron y el público se aburrió. Pero fue muy útil para la siguiente generación de pintores, que consideraba a Tamayo un héroe. Sin quererlo, se puso a la cabeza de la nueva pintura y la modernización de las artes de nuestro país.

Fuego, Mural en Bellas Artes, 1952

Tamayo y Olga pasaron una vida juntos, nunca tuvieron hijos. Ella le decía de cariño "El Gato". En cuanto lograron vivir en un domicilio fijo, tuvieron perros pequeños, pequineses: El Charifas fue uno de los primeros y La Niña, una de las más consentidas. A partir de 1943, Tamayo comenzó a firmar con una O delante de su nombre. Era una manera de dedicar su trabajo y su obra a Olga

Olga y Tamayo bailando /Árbol genealógico del Charifas,
de la colección de Olga Tamayo

Las musas dormidas 1950

¿Qué es lo que hace a Tamayo tan gran pintor?

En sus cuadros no hay relatos —no cuentan nada. Sus temas son pocos. Sus imágenes no quieren hacernos recordar una historia o una fantasía. Tampoco quieren imponernos una manera de ver. No hay nada que interpretar tras las telas sólo hay pintura hecha de luz, color y materia. No debe uno afanarse por qué quiso decir, es directa y nos deja a solas con el puro júbilo de mirar. La pintura de Tamayo es un regalo a los ojos.

Vaca espantándose las moscas 1951

Sus primeras naturalezas muertas son más blancas y menos jugosas que los cuadros posteriores; con el tiempo sus figuras se vuelven geométricas y los lienzos más coloridos. Tamayo trabaja con un sólo color y saca de él cosas que nunca imaginaríamos: "Despliega sus manos, caen en cascada los azules", dijo el poeta Octavio Paz.

Tamayo nunca copia la realidad como si fuera fotógrafo: nos ofrece otra realidad: la suya; al crearla otra vez nos muestra de manera distinta lo que todos vemos: jaulas, cielos, figuras desnudas, o instrumentos musicales son sólo un pretexto para una composición que inunda, como sol que entra por la ventana y nos toca: hay algo de fruta, de corteza nudosa y de tierra en sus cuadros; algo de antojo comestible, de sabroso en sus telas. La vista se extiende hacia todos los demás sentidos.

La materia embarrada, sobrepuesta, raspada y añadida hacen que todo suceda al mismo tiempo. La pintura de Tamayo permite ver cómo está hecha: con amor y cuidado, con gusto y maestría, con júbilo y hasta con melancolía callada.

La Gran Galaxia 1978

Cuando alguien veía a Tamayo fuera de su estudio, ni siquiera imaginaría que era un gran artista: fue una persona común y corriente con gustos y actividades de lo más simple.

—Para ser artista hay que pintar— decía. Y trabajaba, como cualquier obrero o empleado, ocho horas diarias, de pie, con luz natural. Preparaba él mismo sus telas, sus tierras y arenas con las que hacía texturas, sus colores y hacía un sólo cuadro a la vez —a veces dos, para seguir trabajando en uno mientras secaba el otro.

Nunca hizo bocetos antes de empezar a trabajar una tela. Pintaba la escena central y entonces la pasta y el color mismos comenzaban a susurrarle cómo sería el cuadro. Y su genio y su visión se lo decían como poesía, pues siempre lo unió una estrecha amistad con los poetas.

Trabajó siempre, “sin prisa pero sin descanso”, hasta su muerte en 1991.

Estudio en México/ Cabeza gris 1973

"Tamayo vuela con sus raíces, se enraiza con sus alas", nos dice otro poeta, Luis Cardoza y Aragón.

Y así labró su lugar en el arte de este país y de todos los países.

En 1981 inauguró el Museo de Arte Contemporáneo Rufino Tamayo en Chapultepec, donde puede verse ejemplos de todas las tendencias del arte, es un puente entre los pintores del mundo entero.

Además de cuadros y murales, Tamayo hizo gráfica, escultura y cerámica. Hay murales suyos en la ONU, la UNESCO, en México, Brasil, Israel, Puerto Rico y Estados Unidos; hay cuadros suyos en los principales museos y colecciones del mundo.

Para ver algunos cuadros puedes ir al Museo de Arte Moderno, el Museo Rufino Tamayo, el Palacio de Bellas Artes en la ciudad de México; en Monterrey hay obra suya en el Museo de Monterrey y el MARCO; en Oaxaca hay cuadros suyos en el MACO. Hay murales que puedes ver en el Museo de Antropología, el Museo Nacional de las Culturas y el Palacio de Bellas Artes. La obra se puede conocer también en libros y reproducciones, aunque nunca será lo mismo que ver los originales.

Tamayo en Monte Albán

Colofón

Xilografía Las Sirenas